

# HISTORIA, SOCIEDAD Y CARÁCTER: LA EVOLUCIÓN DE LA IMAGEN DE CATALUÑA EN LOS LIBROS DE VIAJES ENTRE EL SIGLO XVII Y EL XVIII

M. Victoria López-Cordón Cortezo

## 1. Introducción.

Desde comienzos de los siglos modernos, la representación del otro fue un elemento constitutivo del pensamiento político, construyéndose, sobre la base de fuentes de muy variado signo, descripciones caracteriológicas de las distintas identidades europeas, que servían para justificar alianzas o rebeldías, filias y fobias de larga duración. En este contexto, los relatos de viajes, en cualquiera de sus distintas modalidades, jugaron un papel fundamental ya que sus opiniones se consideraban siempre fiables, dándose por hecho que estaban fundadas en la apreciación directa de la realidad. Sin embargo, la crítica en nuestros días ha desvelado lo engañoso de esta aparente objetividad, destacando lo frecuente de los viajes ficticios y, lo que todavía es más importante, el peso de la información previa que acompaña a cada viajero y de los condicionamientos –transportes, lengua y relaciones sociales en que se desenvuelve su visita– hasta el punto que su visión puede estar más fundada en la autoridad de la tradición literaria que en la propia percepción.

En el caso de Cataluña tres hechos me parecen de especial importancia para entender cómo se elabora y se transforma su representación en este tipo de textos a lo largo de la Edad Moderna: en primer lugar, su temprana caracterización como consecuencia de sus estrechos contactos con Italia durante la baja Edad Media y de los encontrados sentimientos que su presencia allí despertó, de lo cual han quedado muchas referencias literarias<sup>1</sup> y ciertos vestigios en los relatos de los embajadores florentinos y vénetos<sup>2</sup>; en segundo lugar el carácter ambivalente de los rasgos que definen su modelo antropológico, algunos de los cuales, como la laboriosidad o la sobriedad excesiva<sup>3</sup> no se plasman hasta el siglo XVIII; y, por último, el papel que determinados hechos históricos jugaron en este proceso, desde la existencia de un régimen político-institucional propio<sup>4</sup>, hasta el fenómeno social del bandolerismo<sup>5</sup>, o crisis políticas como la de 1640<sup>6</sup>, sobre cuyo desarrollo y consecuencias es bien sabido que circuló

1. B. CROCE, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, 1968, pp. 25 y ss.

2. Así por ejemplo, Federico Baodaro, en 1554, que considera la avaricia un defecto general de los españoles, puntualiza que «sobre todo en Cataluña es donde parece grande» (J. GARCÍA MERCADAL, *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*, Madrid, vol. 1, 1952, p. 1121).

3. Bartolomé Joly, por ejemplo, que hace una detallada descripción del carácter de los catalanes lo señala (GARCÍA MERCADAL, *cit.* II, 1959, p. 57).

4. GARCÍA MERCADAL, *cit.* I, testimonios de Navagero, p. 487; Contarini, p. 893 y Tiepolo, p. 1567.

5. *ibidem*, Cok, I, p. 1345.

6. *ibidem*, II, Brunel, pp. 421-471; Gramont, p. 539.

abundantísima información<sup>7</sup>. Construida, como cualquier otra, sobre verdades y suposiciones, prejuicios y reconocimientos, la imagen diferenciada que los relatos de viajes proporcionaban de Cataluña adquiere un mayor interés como consecuencia de la Guerra de Sucesión y la dimensión europea de la contienda, preparándose entonces su caracterización posterior.

Se trata de un tema que cuenta ya, sino con una extensa, al menos con una significativa bibliografía, desde el trabajo pionero de Rafael d'Amat a los más recientes de Ramon Boixereu, Jordi Bolòs, Marta Garriga, Manuel Moreno Chacón o Geoffrey Ribbans, entre otros<sup>8</sup>. Pero mi objetivo no es tanto estudiar el sujeto descrito, como analizar las características de algunos de ellos en la transición entre el siglo XVII y XVIII, interesándome más por aquello que inventan, o que copian, que por lo que describen con mayor o menor realismo.

## 2. Viajeros, lugares y rutas.

Caballeros y eclesiásticos, militares, diplomáticos y algunos eruditos constituyen la nómina de personas cuyas relaciones de viajes, escritas con posterioridad a 1652, han llegado hasta nuestros días<sup>9</sup>. Su condición social y sus funciones nos ayuda a entender sus puntos de vista, al tiempo que, el deseo mismo de fijar sus impresiones, aunque en su mayoría nunca pensara en publicarlas, es también un dato revelador de su horizonte cultural. Guiados por objetivos políticos, la mayoría de los viajeros que llegan a Cataluña lo hacen en su calidad de paso obligado de entrada o de salida de la Península. Buscan las rutas más cómodas y siguen los itinerarios establecidos, deteniéndose poco tiempo en cada lugar, con la excepción de la capital.

Según los Repertorios conocidos<sup>10</sup>, en aquella centuria los caminos que cruzaban el Principado no eran muchos: el de Zaragoza-Barcelona, que enlazaba la capital del Principado con los de Burgos, Segovia y Lisboa; el de Barcelona-Monserrat, abierto por Felipe II, tan elogiado en su momento por Bartolomé Joly<sup>11</sup>; el de Barcelona-Valencia que proseguía hasta Granada y Sevilla; y los de Barcelona-Monzón y Barcelona-Perpiñán. Fuera de ellos sólo había caminos de herraduras, con las dificultades que entrañaban para cualquier tipo de tráfico.

En el siglo XVII se había generalizado el uso por los particulares de las rutas de postas, que servían de enlace para los correos con el extranjero y que, como era el caso de la de Barcelona, era elogiada por algunos viajeros<sup>12</sup>. En 1720 el Reglamento general para la dirección y Gobierno de los Oficios de Correo Mayor y Postas de España regularizó este uso, señalando la distancia que había de unos lugares a otros, y fijando los sitios de repuesto de cada tramo. Era la forma más rápida de viajar, aunque también resultaba la más cara, debido a lo elevado de las tarifas y al impuesto especial que había que pagar<sup>13</sup>.

Con sus dificultades naturales, como lo eran determinados puertos montañosos como el Coll de Balaguer, y el paso de algunos ríos, especialmente el Llobregat y el Anoia, en ciertas épocas del año, los caminos catalanes no eran demasiado malos<sup>14</sup>. Las distancias entre las

7. Un ejemplo de ello son las noticias que aparecen en las *Nouvelles ordinaires* de París, entre 1635 y 1675.

8. Los trabajos de Foulché-Delbosc, Barrau-Dihigo, publicados en la *Revue hispanique* (II, 1896 y XVII, 1908) y de Farinelli, así como la obra de J. García Mercadal (Madrid, 1952, 1959 y 1962), siguen siendo básicos para este tema. Mención especial merecen entre las obras más recientes el Dossier publicado por la revista *L'Avenç*, «Viatgers per Catalunya: dels diplomàtics del Renaixement

als somniadors del Romanticisme», el artículo de M. MORENO CHACÓN, «Visión historiográfica de los viajes por España en la edad Moderna» (*Manuscrits*, 7, 1988), donde se recogen datos específicos relativos a Cataluña y la obra de G. RIBBANS, *Catalunya i València vistes pels viatgers anglesos del segle XVIII* (Barcelona, 1993).

9. E. SERRA, «Els militars del barroc» en *L'Avenç*, n. 51, «Dossier Viatgers per Catalunya», 1982.

10. Es decir, los de Villegas y Meneses, de 1546 y 1576 respectivamente, que se reimprimieron hasta finales del siglo XVII (José I. URIOL SALCEDO, *Historia de los caminos de España*, Madrid, 1990, vol. I, pp. 110 y ss).

11. «Los caminos están hechos expresamente con la mayor comodidad posible para el alivio de los peregrinos; su anchura es en algunos sitios, como para pasar dos o tres a la vez...pero más maravilloso aún el como han podido hacer ese camino a través de esos precipicios, creciendo cada vez más el asombro cuando más se sigue subiendo» (GARCÍA MERCADAL, *cit.* II, p. 58).

12. Aubry de la Motraye en GARCÍA MERCADAL, *cit.* III, p. 39.

13. URIOL SALCEDO, *cit.* pp. 231 y 344.

14. Anónimo, GARCÍA MERCADAL, II, pp. 698-99 y 701.

poblaciones eran prudentes y había puentes, de madera e, incluso, de piedra, como el romano sobre el río Segre<sup>15</sup>, o servicios de barcas<sup>16</sup>, lo que permitía avanzar con regularidad, pudiendo hacerse, en una jornada ordinaria, cerca de diez leguas<sup>17</sup>. Nada más entrar en el Rosellón se producía un significativo cambio en las caballerías –sustitución del caballo por la mula– y la necesidad de adaptarse a unas posadas que, más que malas, estaban vacías. Lo mismo que había constatado Joly, a comienzos del siglo XVII, siguen repitiendo algunos viajeros de la centuria siguiente, como Aubry de la Motraye o Estaban Silhouette, que dan por sentado que no hay otro medio mejor para viajar, y que, para prevenir cualquier contingencia, aconsejan llevar las provisiones uno mismo<sup>18</sup>.

Aunque, desplazado por la guerra, el bandolerismo había remitido sensiblemente<sup>19</sup>, y tampoco la incursión de piratas berberiscos resultaba ya habitual<sup>20</sup>, su posible presencia seguía inquietando a los viajeros en determinados parajes:

«se atraviesa, yendo a Tortosa un gran desierto; su paso es peligroso a causa de los ladrones y doblaron la escolta que de ordinario me acompañaba»<sup>21</sup>.

Lleida, Barcelona, Tarragona y Girona eran visitas obligadas en estos itinerarios, a las que hay que añadir Tortosa y Figueres, así como algunos otros lugares que, como Montserrat, gozaban de merecida fama, de cuyo peculiar paisaje y régimen conventual quedan muchas referencias. Alguna incluso negativa, como la de François de Tours, que se sintió decepcionado, por lo que no le parecía «otra cosa más que una montaña muy elevada», y que, aprovechando la visita a su famoso tesoro, se permitió criticar el destino poco útil de las limosnas allí depositadas<sup>22</sup>.

Como es lógico en un momento de constantes enfrentamientos bélicos, las ciudades se contemplan y se valoran en función de su capacidad defensiva. Así, de Lleida, se destaca, sobre todo, el castillo<sup>23</sup> y de Girona sus fortificaciones<sup>24</sup>. Respecto a Tarragona, tan solo Jouvin alude a que se ven «algunas antigüedades de los templos de los romanos que estuvieron allí largo tiempo»<sup>25</sup>. De Tortosa se menciona su gran puente de barcas, la catedral y su actividad mercantil<sup>26</sup>; Figueres resalta por su condición fronteriza<sup>27</sup>; y Cardona por sus minas de sal<sup>28</sup>. En todos los casos, Barcelona recibe un tratamiento especial, como capital del Principado, debido a su puerto y también al número de sus habitantes. Algunos, como François de Tours, aún reconociendo que poseía bellos edificios, la consideraban poco armoniosa y muy sucia<sup>29</sup>, pero para otros se trataba de una población hermosa y bien acondicionada:

15. J. CABESTANY FORT, «La red viaria catalana en 1779» en *Cuadernos de historia económica de Cataluña*, 1978, nº. 18, p. 203.

16. GARCÍA MERCADAL, *cit.* Jouvin, en II, p. 833 y Silhouette, III, p. 234.

17. Silhouette, en GARCÍA MERCADAL III, p. 230.

18. GARCÍA MERCADAL, I, p. 842 y III, pp. 39 y 231.

19. A finales del s. XVI Cock había señalado que era una actividad «común entre los caballeros de esta tierra» (en GARCÍA MERCADAL, I, 1345 y 1375). Sobre este fenómeno y su evolución X. TORRES y SANS, *Els bandolers (s. XVI-XVII)*, Vic, 1991, pp. 37 y ss; J. SANTOS TORRES, *El bandolerismo en España. Una historia fuera de la ley*, Madrid, 1995, pp. 135 y ss. J. REGLÀ, *El bandolerisme català del Barroc*, Barcelona, 1962.

20. Joly lo consideraba uno «de los pasos más peligrosos de España», ya que desembarcaban «muy calladamente doscientos o trescientos, sorprenden los pueblos y se llevan por delante de ellos las criaturas que encuentran, hombres, mujeres y niños, incendiándolo todo y marchándose» (GARCÍA MERCADAL, II, p. 68).

21. Silhouette, en GARCÍA MERCADAL, III, p. 234.

22. «Voyage du P. François de Tours en Espagne et en Portugal» en *Revue Historique*, 1921, LIII, p. 548.

23. GARCÍA MERCADAL, II, p. 698. Anónimo.

24. GARCÍA MERCADAL, Jouvin II, p. 837, Anónimo II, p. 701 y Silhouette, III, p. 232.

25. *cit.* II, p. 833.

26. *cit.* Jouvin, II, p. 831 y Silhouette, III, p. 235.

27. *cit.* Jouvin II, p. 837.

28. *cit.* Anónimo, II, p. 701.

29. «Voyage de P. François de Tours», *cit.* p. 544.

«Esta ciudad es muy grande y la más limpia de toda España. Las calles no son anchas pero, sin embargo, no hacen las casas muy oscuras. Son todas de piedra. La Seo, que es la iglesia episcopal es bastante grande pero muy oscura. Santa María del Mar y del Pino, que son iglesias parroquiales, son bastante hermosas»<sup>30</sup>.

Los viajeros que recorren Cataluña a finales del siglo XVII no son demasiado propicios a entrar en consideraciones históricas o políticas sobre los territorios que recorren. Lo cual no impide que, en algunos casos, perciban los efectos que una prolongada situación bélica había dejado sobre el país. Así, en una relación anónima escrita en 1660 en que se cuenta el regreso de Madrid a Francia pasando por Cataluña, su autor reitera en varias ocasiones que «aún quedan algunos vestigios de la guerra» que se libró en aquel territorio. Apreciación que repite a su entrada en los principales núcleos urbanos, al visitar el Monasterio de Montserrat, cuyo tesoro había perdido también en el conflicto «algunas piezas de valor», y en los alrededores de Barcelona, cuyos pueblos están «aún inhabitados y las casas desnudas» por la misma causa<sup>31</sup>. Sobre el clima que reina en la ciudad no es demasiado explícito, aunque sí menciona lo que llegará a constituir tres tópicos: el de la animadversión castellana, señalando que el pueblo, y una parte de la nobleza, «odian mucho a los españoles, como aquéllos les corresponden de parecida manera»; el de la belleza de sus mujeres, las mejor formadas de toda España, que se «complacen aún del tiempo de los franceses»; y el de la ambigua fidelidad de las ciudades fronterizas de Figueras y La Jonquera, a las cuales «la neutralidad les ha conservado mejor que a los otros»<sup>32</sup>. En vísperas ya de otro conflicto, en 1699, el ya citado P. François de Tour todavía pudo constatar, a su paso por Lleida, los destrozos causados allí por los franceses en los años cuarenta<sup>33</sup>, a los que debían unirse los ocasionados con motivo de las guerras contra Luis XIV del último cuarto del siglo<sup>34</sup>.

A comienzos de siglo, Bartolomé Joly, y el anónimo autor de una relación escrita en 1612, habían hablado del talante guerrero de los catalanes y de que se mostraban tan «celosos de su libertad», que no querían reconocer ni recibir a su Rey más que en su calidad de Conde, subrayando también la enemistad con los castellanos<sup>35</sup>. Se trata, sin duda, de tópicos muy difundidos por todo tipo de fuentes literarias<sup>36</sup> y, en calidad de tales, fueron asumidos por los viajeros a la hora de trazar una semblanza antropológica de los habitantes del país. Lo curioso fue que la mayor parte de los que se aventuraron por estos derroteros en la segunda mitad del siglo XVII lo hicieron desde la Corte, como consecuencia del estado de opinión reinante allí y no de la observación directa. Éste fue el caso de A. Brunel, autor de un *Diario del viaje por España*, publicado en París 1664<sup>37</sup> y aparecido como anónimo. Vino a la Península en 1655, acompañando a dos discípulos holandeses, protagonizando, por tanto, uno de los pocos viajes educativos de este periodo que transcurre por nuestros escenarios, y redactó con posterioridad su manuscrito, sobre la base de sus propias notas y las de otro viajero holandés, al que durante algún tiempo se le atribuyó el relato<sup>38</sup>. Pasó su tiempo fundamentalmente en Madrid y, aunque nunca llegó a estar en Cataluña, recogió las noticias que circulaban sobre ella y explicitó, en el capítulo XI, los lugares comunes relativos a su situación interna. Después de aludir a la dificultad no sólo de «juntar gente», sino de mantener un ejército en aquella frontera, debido a las desertiones y también a la escasa fiabilidad de unas tierras recién reincorporadas a la Monarquía, comenta:

30. GARCÍA MERCADAL, Anónimo, II, pp. 699.

31. *ibidem*, p. 698 y 699.

32. *ibidem*, II, p. 702.

33. «Voyage...», *cit.* p. 542.

34. Marquesa de Gudannes, en GARCÍA MERCADAL, II, pp. 1291 y 1331.

35. C. CLAVÉRIE, «Relation d'un voyage en Espagne (1612)» en *Revue Hispanique*, LIX, 1923, pp. 359 y ss.

36. R. GARCÍA CARCEL, *Historia de Cataluña. Siglos XVI-XVII*, Barcelona, 1985, pp. 67 y ss.

37. También en Colonia, Bruselas y La Haya en 1666.

38. GARCÍA MERCADAL, *cit.* II p. 401.

«De tal modo que el rey de España en ninguna parte hace la guerra que tanto le embarace como en éste, donde tienen para él tanta importancia, siendo un parte de su estado tan celosa que no tiene allí pérdida que no quisiera rescatar a costa de algo dos veces tan grande en Flandes o en Italia»<sup>39</sup>.

Tampoco el embajador Antonio de Gramont estuvo nunca en Cataluña, pero conocía bien los conflictos que allí acababan de suceder, haciéndose una idea bastante clara de su causa, hasta el punto de dar cierto crédito al rumor de que Felipe IV «tenía motivo para alegrarse de la rebelión de Portugal y de Cataluña», ya que

«los privilegios de ese reino y de esa provincia, siendo de esa naturaleza que para obtener allí alguna cosa era preciso más bien recurrir al ruego (que era lo más a menudo infructuoso) que al mando: pero que habiendo llegado a ser sometidos por la fuerza de las armas (como eso era indudable) sus privilegios serían abolidos; y el rey, siendo allí dueño absoluto, sacaría allí una renta prodigiosa que le podría ayudar para hacer nuevas conquistas»<sup>40</sup>.

En otros casos, como el de la Marquesa de Gudanés, agente de Luis XIV en España, de la que se conservan algunas cartas fechadas en Madrid, los comentarios eran más intencionados, porque se refieren a los sentimientos profranceses de un territorio, en el que sospecha que había muchos que querían cambiar de soberano<sup>41</sup>.

### 3. Los primeros textos ficticios.

Testigos directos o simples comentaristas, la mayoría de los testimonios aquí aludidos no tuvieron apenas repercusión ni sobre el público lector, ni sobre los escritores posteriores. No ocurrió así, sin embargo, con otros libros de viajes que, escritos en la confortable tranquilidad de un gabinete, empleando los consabidos métodos de consulta, acotación y copia, propios de la erudición, conocieron muchas ediciones. Me refiero a obras tan conocidas como *El viajero de Europa*, de A. Jouvin, la pionera del género o las *Mémoires de la Cour d'Espagne* y *Relation du voyage d'Espagne*, de Madame de Aulnoy, lectura obligada, sin duda alguna, para todos aquéllos que buscasen información sobre temas españoles.

En ellos se habla poco de Cataluña, pero sus escuetas alusiones resultan imprescindibles porque se repiten en textos posteriores. Escritas durante el reinado de Carlos II, y en plena ofensiva de Luis XIV, el cuadro general de decadencia que describen es muy similar al que ofrecen los despachos de los representantes diplomáticos del Rey Sol, que no hablaban más que de miseria e intrigas, juzgando siempre de acuerdo con sus propios parámetros<sup>42</sup>. Publicado en París en 1672, el *Viaje de España y Portugal* es el segundo tomo de la obra titulada *El viajero de Europa*, de A. Jouvin. En él se describe el itinerario de París a Bayona y se proporcionan noticias diversas sobre distintas localidades de la Península, recogiendo con bastante fidelidad curiosidades y monumentos. La obra se dirige a todos aquéllos que piensen viajar por España y, por eso, va acompañada un pequeño manual de conversación hispano-francés, y de una relación detallada de la monedas que circulan por los dos países. A modo de introducción, en sus primeras páginas, se ofrece una sucinta visión general sobre la historia, la geografía y las costumbres del conjunto. Dividido en 14 reinos, Cataluña no está comprendida en ellos, porque no es tal, sino «un principado que sobrepasa en extensión a varios reinos de España, que está en su mayor parte cubierto de altas montañas, limitada por un lado con Aragón, y de otros por el Reino de Valencia, el Rosellón y el mar Mediterráneo».

39. GARCÍA MERCADAL, II, p. 421.

40. GARCÍA MERCADAL, II, p. 539.

41. *Revue Historique*, nº XLVII, 1891 y GARCÍA MERCADAL, cit. II, p. 1311.

42. Estas opiniones pueden encontrarse en A. BAUDRILLART, *Philippe V et la Cour de France*, París, 1890-1900, 5 vols. y en el Marqués de LOUVILLE, *Mémoires secrets sur l'établissement de la Maison de Bourbon en Espagne*, París, 1818, 2 vols.

Respecto a su historia reciente, no deja de señalar que,

«ha largo tiempo obedecido (a Francia), bajo el reinado de Luis XIII, que había ganado allí la ciudad de Barcelona y otras plazas considerables de ese principado, que ha sufrido grandes miserias por tantas guerras como ha habido allí durante más de veinte años y, sin embargo, no deja al presente de reponerse en el estado en que la hemos visto, siendo una de las partes más agradables de España»<sup>43</sup>.

Inicia su recorrido por Tortosa, «cuya entrada está defendida por un fuerte hecho cuando los franceses la sitiaron», pasando después a Tarragona, Barcelona, Monserrat, Vic, Girona y Figueres. Sus juicios son, en general, positivos, tanto en lo que se refiere a la extensión y condiciones naturales del Principado, como a la calidad de sus ciudades y principales plazas fuertes. De la capital le sorprende la ciudad nueva, el pavimento y la limpieza de sus calles y los alrededores de la Plaza Mayor, que es el barrio «más agradable de Barcelona y el más poblado de ricos mercaderes». También en Girona, la calle principal está llena de «ricos mercaderes y obreros» y hasta en la pequeña Figueres estos ciudadanos hacen acto de presencia<sup>44</sup>.

Pueblos limpios, campos feroces, abundantes viñedos y frutales, monumentos antiguos... estamos ante una verdadera guía de viaje, pero hecha desde una óptica más clasicista que barroca, escrita en un momento de fuerte antagonismo hispano-francés, pero con pretensión de imparcialidad, que nos proporciona una visión muy distinta a la de las escuetas relaciones de los verdaderos visitantes del Principado.

El testimonio de Madame de Aulnoy tiene un valor muy distinto debido a su brevedad y a su carácter indirecto. Del personaje y de las circunstancias que rodearon la elaboración de sus obras no cabe hablar aquí, sino sólo recordar que, probablemente, nunca estuvo en España, y que su *Relation du voyage d'Espagne*, aparecida en París en 1691 como obra anónima, obtuvo tal éxito que se multiplicaron las ediciones tanto en francés como en otras lenguas en los años siguientes<sup>45</sup>.

Si la difusión es ya un dato de interés, no lo es menos que se inspiraran en ella muchos autores posteriores, algunos de tanta significación como Montesquieu<sup>46</sup>, Voltaire<sup>47</sup> o Merimée<sup>48</sup>, por lo que importa poco que se trate de un viaje ficticio. Las alusiones a Cataluña son escasas e indirectas, apareciendo casi todas en la Carta III. Así, hablando la protagonista con el Duque de Cardona y comentando las medidas de reducción de tropas tomadas por Luis XIV, reprocha que Felipe IV no haga lo mismo por el bien de su pueblo. Su interlocutor que «había sido designado representante del Principado de Cataluña» para gestionar, precisamente, la salida del ejército de aquellas tierras, da su particular versión de la historia inmediata:

«Los pueblos de Cataluña, abrumados por la opresión y la violencia inaudita de los castellanos, buscaron en 1640 los medios de librarse de ellos. Se pusieron bajo la protección del rey cristianísimo y, durante el espacio de doce años, se encontraron allí muy dichosos. Las guerras civiles que turbaron la tranquilidad de que Francia gozaba entonces, le quitaron los medios de socorrernos contra el rey de España. Supo aprovechar bien la coyuntura y volvió a poner a Barcelona, con la mayor parte de ese principado bajo su obediencia»<sup>49</sup>.

43. GARCÍA MERCADAL, II, pp. 831-82.

44. *ibidem*, pp. 831-834.

45. Las referencias a las ediciones no francesas en R. FOULCHÉ-DELBOSC, *Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal*, París, 1896, que cita once ediciones entre esa fecha y 1774 en francés y 15 en inglés hasta 1780.

46. P. Vernière, en la ed. de 1960 de las *Lettres persanes*, señala esta obra como fuente fundamental de la Carta LXXXVIII, dedicada a los españoles.

47. En su *Essai sur les moeurs*, XIII, Voltaire pinta la España del siglo XVII y no la de su tiempo, siguiendo a Mme. d'Aulnay, a quien cita elogiosamente en el «Catalogue de la plupart des écrivains français qui ont paru dans le siècle de Louis XIV, pour servir à l'histoire littéraire de ce temps», que figura a modo de apéndice en el *Siècle de Louis XIV*.

48. H. FERNÁNDEZ HERR, *Les origines de l'Espagne romantique*, París, 1872, pp. 17 y ss.

49. GARCÍA MERCADAL, II pp. 945.

Comentando a continuación las dificultades de un frente de guerra en los Pirineos, repite, casi al pie de la letra, los razonamientos de A. de Brunel, en cuyo relato, sin duda se inspira:

«Es un camino, se refiere al de las deserciones, que los soldados veteranos no dejan de seguir; en cuanto a los bisoños, perecen en Cataluña, porque no están acostumbrados y se puede asegurar que no hay lugar donde la guerra embarace tanto al rey de España como en ese. No lo sostiene sino con mucho gasto y las ventajas que los enemigos obtienen allí sobre él no pueden ser pequeñas. Sé también que se muestran más sensibles en Madrid sobre la menor pérdida que se padece en Cataluña que la harían sobre la más grande que se tuviera en Flandes, en Milán o en otra parte»<sup>50</sup>.

Haciendo honor a su título, el duque destaca como las dos cosas más notables la montaña de sal de Cardona que, bajo el sol, «parece que está compuesta de las más bellas pedrerías del mundo y lo mejor es que produce unas rentas muy considerables», y una fuente, cerca de Balut, «cuya agua es de su color natural y, sin embargo, todo lo que se introduce en ella parece como si fuera de oro»<sup>51</sup>. Y también se refiere al monasterio de Montserrat, cuya descripción no podía faltar.

#### 4. Hacia un nuevo protagonismo.

El clima de interés que la crisis sucesoria española despertó en toda Europa y el conflicto general que provocó, favoreció la publicación de una serie de escritos que trataban de informar sobre el escenario sobre el cual se desarrollaba parte de la contienda. En unos casos eran obras de carácter geográfico, ilustradas con mapas, grabados y estampas<sup>52</sup>, y, en otros, memorias de militares o de diplomáticos, comprometidos en favor de una u otra causa y que habían tomado parte activa en la guerra<sup>53</sup>. Se trataba de mostrar las ventajas de apoyar a un determinado monarca, en orden a acabar con el secular «desorden» y «atraso» del país, tal y como hacía el embajador Harcourt<sup>54</sup>; o de dar cuenta de determinadas acciones memorables de armas, adoptando en ocasiones una personalidad ficticia. Eso fue lo que hizo Daniel Defoe en sus *Memoirs of captain George Carleton...*<sup>55</sup>, escrita con bastante posterioridad a los hechos. ¿Estuvo o no estuvo en la toma de Barcelona? Es probable que acompañara efectivamente al conde de Peterborough, pero las peripecias de su relato fueron inventadas y la descripción de algunos de los lugares citados tomados de otras obras. Relata el bombardeo de la ciudad por este general inglés y la describe como «*one of the largest and most popolous cities in all Spain*», destacando el valor defensivo de Montjuïc<sup>56</sup>. Deja constancia del entusiasmo de la población por el rey Carlos y la Casa de Austria<sup>57</sup>, así como el de las otras ciudades, pero también se lamenta del comportamiento de sus habitantes para con los aliados, ya que,

*«we came to Catalonia upon assurance of universal assistance; but found, when we came there that we were to have none unless we paid for it and, as we were*

50. *ibidem*, p. 947.

51. *ibidem*.

52. *Nieuwe historische en geographische reiseschrijvinge van Spanjen en Portugal*, La Haya, 1705 de W. van der Burge o *Beschrywing van Spangen en Portugal*, Leyden, 1707 de P. van del AA.

53. Entre los partidarios del archiduque estuvo nada menos que Leibnitz, cuyos argumentos quedaron recogidos en dos panfletos, el *Manifiesto en defensa de los derechos de Carlos III* y el *Diálogo entre un Cardenal y un almirante de Castilla* (G.W. LEIBNITZ, *Escritos de filosofía jurídica y política*, Madrid, 1898, pp. 291-323). Y ésa fue también la opción del inglés Daniel Defoe, cuyos escritos más difundidos fueron *The ballance of Europa* y *Succesion of Spain Considered* (1711).

54. Bajo pseudónimo escribió un *Journal de mon voyage en Espagne*, que fue publicado por L. Barrau-Dihigo en 1908 en la *Revue Hispanique*, t. XVIII, pp. 247-258.

55. *Memoirs of Capt. George Carleton, an English Officer Including Anecdotes of the War in Spain under the Earl of Petesborough...* 1ª 1743, 4ª Edimburg 1809.

56. *ibidem*, p. 196.

57. *ibidem*, p. 159.

*sent then without money to pay for anything, ithad certain been for us more tolerable to have been in a country where we might have taken by force what we could not obtain any other way»<sup>58</sup>.*

Aproximadamente por la misma fecha también visitó Cataluña el francés Aubry de la Motraye, erudito y curioso viajero que empleó casi un cuarto de siglo en conocer los más distintos países. Representante diplomático del Rey Carlos XII de Suecia en Turquía y Francia, su obra, *Viajes del Sr...* se publicó en La Haya en 1727, acompañada de interesantes mapas, planos y grabados. Llegó a Barcelona el 18 de agosto de 1710, procedente de Constantinopla, e inició su relato con una introducción histórica bajo el sugestivo título de «Historia de las revoluciones de esa ciudad»:

«Habiendo caído a continuación los reinos de España bajo la denominación de la Casa de Austria –escribe– los barceloneses no dejaron de mantenerse en la obediencia del rey de Aragón hasta 1640, en que la ciudad de Barcelona, con toda Cataluña, fue reducida, después de un sitio de quince meses, bajo la de la casa de Austria, a la que obedeció hasta que, habiendo muerto el rey Carlos II, de esa familia, sin hijos, tuvo la suerte que se sabe de pasar por su testamento a la Casa de Borbón, en la persona del Duque de Anjou, bajo el nombre de Felipe V. Pero habiéndola arrebatado los ingleses para el archiduque de Austria que llevaba el nombre de Carlos III, le obedecía entonces como una buena parte de los Estados de España»<sup>59</sup>.

Aunque debido a la guerra, su recorrido fue limitado, no deja de visitar los lugares habituales. Describe Montjuïc, destruido por las bombas inglesas del conde de Peterbough y, someramente, Barcelona, cuyo puerto le parece pequeño e inseguro. De allí pasó a Tarragona que, en su opinión, «no es recomendable más que por su antigüedad, porque ha sido fundada por los Escipiones»<sup>60</sup>, y tras visitar Monserrat, que le producen más curiosidad que admiración, volvió de nuevo a Barcelona, desde donde embarcó rumbo a Génova.

Pero la obra que verdaderamente marca este periodo fue la publicación de las *Délices de l'Espagne et de Portugal*, debidas a un tal Juan Álvarez de Colmenar, autor español según unos y nombre ficticio según otros, escrita en francés. De esta obra se hicieron dos ediciones en poco tiempo<sup>61</sup> y una tercera en 1741, bajo el título de *Annales de l'Espagne et le Portugal*<sup>62</sup>, traducidas por P. Musset, posiblemente también otro pseudónimo. Se trata de una recopilación histórica-descriptiva, en forma de relato de viajes, inspirada por la coyuntura de la Guerra de Sucesión de España, tal y como reconoce el propio autor:

*«la conjuration présente où est devenue le théâtre de la guerre doit exciter la curiosité de tous les honnètes gens»<sup>63</sup>.*

No pretende ser una obra original, sino una recopilación de otras anteriores, por lo que más que un viaje ficticio se trata de una presentación ordenada y entretenida de noticias, de manera que pudiera ser útil no sólo a los eruditos, militares y comerciantes, sino también a un nuevo tipo de lectores<sup>64</sup>.

Colmenar, utilizó profusamente la *Relation* de Mme. D'Aulney y, a su vez, sirvió de fuente de inspiración para obras posteriores tan difundidas como las de Vayrac, Labat,

58. *ibidem*, p. 113.

59. GARCÍA MERCADAL, III, p. 38.

60. *ibidem*, p. 41.

61. Ambas en Leyden en 1707 y 1714 respectivamente.

62. Amsterdam, 1741, 4 vols.

63. *ibidem*, I, p. 7.

64. «*Les voyageurs, qui ont vu l'Espagne et le Portugal, y pourront repasser avec plaisir sur les beautes qu'ils y ont vues, et ceux qui ont dessin d'y aller, apprendront ici par avance ce qu'ils y trouveront de plus digne de remarque; enfin les curieux de toute sorte de rang et de profession y apprendront l'état de l'Espagne et du Portugal par rapport à la nature, au gouvernement et au peuple qui l'habite*» (*ibidem*, I, p. 8).

Silhoutte y Delaporte, con lo que la trasposición temporal desus contenidos es muy amplia<sup>65</sup>. Dedicó a la descripción de Cataluña casi cincuenta páginas del tercer tomo y describe sus ciudades más importantes, siguiendo la ruta de Valencia a Barcelona. Traza una amplia semblanza de sus habitantes, a los que presenta como laboriosos y dedicados al trabajo o al comercio, al tiempo que educados y acogedores con los extranjeros. Sólo les pone un pero:

«*Les catalans sont hardis, courageux, actifs, vigoureux et bons soldats, mais un peu mutins*»<sup>66</sup>.

Sus mujeres son, en su opinión, «de las más bellas de España» y también las más desenvueltas en su conversación y en sus maneras<sup>67</sup>. Colmenar narra la historia del Principado, su unión con Aragón, el gobierno de los primeros Austrias y cómo en 1640 sacudieron el yugo de su Rey y llamaron a los franceses que estuvieron allí hasta 1652<sup>68</sup>. Como escribe en plena Guerra de Sucesión cuenta también la toma de la ciudad de Barcelona por los aliados y describe, no sólo Monserrat, desde cuyas cimas se ven las Islas Baleares, sino Lleida, Girona, Empúries, Roses, Puigcerdà, Urgell, Solsona y Cardona, con su famosa montaña de sal. Su juicio sobre el conjunto es positivo, tanto desde el punto de vista económico como demográfico, calificándolo como un «*très-bon pays*»<sup>69</sup>.

Respecto a sus peculiaridades tres cosas le llaman la atención: la existencia de los migueletes, famosos por su valor en todas las guerras hispano-francesas, cuyo peculiar armamento compuesto de daga, pistola y carabina, describe concierzo asombro; el que el pueblo no se sirva de vaso para beber, sino de una botella, es decir, de un porrón, cuyo uso, funcionalidad y ventajas higiénicas describe con toda detalle; y la secular antipatía que sienten por los castellanos, que se extiende a sus reyes, cuyo yugo a penas respetan<sup>70</sup>.

## 5. El proceso de difusión.

Terminada la contienda, la normalización de la vida supuso un aumento del tráfico de personas que se dirigían a la corte, en función de su cargo o a probar fortuna al calor de la nueva dinastía. Las buenas relaciones políticas no parece que influyeron mucho en la percepción mutua de españoles y franceses, de manera que no faltaron los que pensaron que debían intentar adecuarla a la nueva situación. Éste fue el propósito del abate Vayrac, autor de uno de los libros más difundidos de aquellos años, *L'Etat présent de l'Espagne*, formalmente un relato de viajes, pero también una obra ágil, plagada de comentarios históricos y geográficos<sup>71</sup>. Su objetivo, tal y como él mismo escribe en el discurso preliminar, era proporcionar información actualizada y corregir muchos de los tópicos acuñados hasta entonces. Su tono ponderado agradó incluso a los propios españoles que veían reflejadas «sus costumbres y su genio»<sup>72</sup>, de manera más imparcial. Y es que, efectivamente, allí se hablaba con conocimiento del gobierno, de la economía, la Corte o la nobleza y se polemizaba con aquellos autores que atribuían a los españoles defectos de todo tipo, como Mme. d'Aulnoy, en cuyas obras,

65. J. VAYRAC, *Etat présent de l'Espagne...* París, Cailleau, 1718; P. LABAT, *Voyages du P. Labat de l'ordre des F.F. Prêcheurs en Espagne et en Italie*, París, Delespine, 1730; E. SILHOUETTE, *Voyages à travers la France, l'Espagne et l'Italie*, París, Merlin, 1770; J. DELAPORTE, *Le Voyageur français, ou la connaissance de l'ancien et du nouveau monde*, vol. XVI, París, Celot, 1772.

66. *Delices...*, III, p. 631.

67. *Delices...*, III, p. 603.

68. *ibidem* p. 604.

69. *ibidem* p. 629.

70. *ibidem* p. 631.

71. J. de VAYRAC, *Etat présent de l'Espagne, où l'on voit une géographie historique du pays, l'établissement de la monarchie, ses revolutions... la forme du gouvernement... les moeurs... et les usages des Espagnols...*, París, Caillou, 1718, 4 vols. La segunda edición se hizo en Amsterdam, en 1719.

72. J. SEMPERE y GUARINOS, *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, 1785, I, p.7.

«on ne voit depuis le commencement jusqu'à la fin qu'un enchaînement de contes fabuleux ou de railleries piquantes por tourner les Espagnols en ridicule»<sup>73</sup>.

Pero, pese a las críticas, su deuda con ella, con Colmenar y sus *Delices*, resulta indudable, hasta el punto de transcribir párrafos enteros, tal y como demostró Sarrailh<sup>74</sup>. También utilizó fuentes españolas, como la obra de Núñez de Castro, *Sólo Madrid es Corte*<sup>75</sup>, de la que toma, por ejemplo, la información sobre el Consejo de Inquisición.

En el tomo I de su *Etat present de l'Espagne* dedica muchas páginas a Cataluña. Su visión es muy positiva, en lo que se refiere a sus aspectos físicos y económicos, deteniéndose en la descripción geográfica, urbana y monumental de un país «abundante en vinos y trigo» y, sin duda, el más poblado de toda la Monarquía<sup>76</sup>. Claro que su desconfianza ante la conducta de sus habitantes es muy clara, tal y como corresponde a un ferviente partidario de Felipe V:

«Los catalanes tienen mucho ingenio, pero por desgracia, no hacen buen uso de él. Su natural inquieto y caprichoso, les lleva al exceso de ser tan celosos de su libertad que, para conservarla, violan insolentemente todas las leyes divinas y humanas y como no se conducen más que por impulsos, las dificultades se resuelven siempre a su costa, como se ha podido ver en la conducta que tuvieron en la última guerra en la que España se vió inmersa. Más seducidos por su mal genio que por las solicitudes de los enemigos de su patria, abandonaron su rey legítimo y abrieron sus brazos al archiduque y le reconocieron como rey, en perjuicio del juramento de fidelidad que juraron a Felipe V, de manera que después de haber mantenido durante nueve meses el fuego de su revolución con una extrema obstinación, se vieron reducidos a la cruel necesidad de entregarse a la clemencia de este generoso monarca que se ha contentado con privarles de los medios con que sublevarse de nuevo, despojándoles de unos privilegios que no les servían más que para sustraerse a la autoridad real»<sup>77</sup>.

El contraste es curioso. Vayrac no ahorra calificativos elogiosos a la hora de describir las cualidades que adornan a los habitantes del principado: son finos, astutos, vigilantes, industri- osos, alegres y con buen humor pero, en el momento en que se sienten ofendidos, se vuelven implacables, pudiendo cometer los crímenes más atroces. Irreconciliables enemigos de los castellanos,

«no soportan más que a duras penas, el yugo de su dominación y no dudan en hacerles sentir el efecto de su odio, cuando encuentran la ocasión propicia»<sup>78</sup>.

Es más, para este autor, las huellas palpables que han dejado de su brutalidad durante la última guerra, son una prueba de que no saben usar su libertad, sin que la religión sea capaz de moderar su desenfreno, ya que,

«no sólo han violado todas las leyes de guerra, sino incluso las de la humanidad; sus amigos, sus parientes incluso no estaban seguros cuando no querían apoyar la rebelión y, lo más deplorable de todo fue que, mujeres, niños y sacerdotes seguían ciegamente los consejos de los más violentos y no sentían vergüenza de estar sobre las murallas de Barcelona con las armas en la mano contra su propio rey»<sup>79</sup>.

73. VAYRAC, *cit.* I, «Preface», p. 7.

74. J. SARRAILH, «Voyageurs français au XVIII siècle» en *Bulletin Hispanique*, t. XXXVI, 1934, pp. 29-70.

75. Madrid, 1669.

76. VAYRAC, *cit.*, I, p. 115.

77. VAYRAC, *cit.*, p. 116.

78. *ibidem*, p. 117.

79. *ibidem*, p. 117.

La cita es interesante, porque la repetirá Voltaire al hablar del «furor de los catalanes»<sup>80</sup>.

Vayrac cuenta la historia de Cataluña, desde sus orígenes a su unión con Aragón y, después, el gobierno de la Casa de Austria, prestando especial atención al levantamiento de 1640, «causado por el orgullo del Conde Duque de Olivares». Ese y no otro fue el motivo de que imploraran la protección de la Monarquía francesa, «por razones que los historiadores de aquel tiempo han tratado ampliamente en sus historias», permaneciendo bajo su dominación hasta 1652, cuando «el Rey de España, aprovechando las divisiones que desgarraban Francia, volvió a tomar Barcelona, y algunas otras plazas y, después, toda la provincia», afirmando su autoridad. No se quiso, sin embargo, tomar entonces las medidas oportunas, de ahí la novedad de la situación instaurada por Felipe V y la necesidad de prestar atención al nuevo orden de cosas.

Con el mismo pretexto de contribuir a mejorar las relaciones entre los dos países y de contenido muy parecido, Vayrac publicó en 1724 una *Histoire des révolutions d'Espagne*<sup>81</sup>, que quiere ser la defensa de una cultura mal comprendida que había producido «más historiadores, cronologistas y geógrafos que el resto de las otras naciones de Europa» y cuya difusión fue también muy importante.

Unos años más tarde, otro viajero francés, aficionado a las lenguas y «curioso», en el sentido dieciochesco del término, Esteban de Silhouette, también quiso contribuir a la fama de la nueva dinastía, aunque su relato no llegó a imprimirse hasta 1770. Hizo un amplio recorrido que le llevó casi un año, entre el 22 de abril de 1729 y el 6 de febrero de 1730 y se mostró preocupado por representar al país «en su verdad del estado presente», remontándose para ello al inicio del reinado de Felipe V y a la guerra de Sucesión. Había leído las obras de Madame D' Aulnoy y del P. Labat que considera, cada una en su estilo, mediocres y poco justas, y también las *Delices* de Colmenar que, sin embargo, juzga como mucho más instructivas. Pero los mayores elogios se los lleva la *Histoire des révolutions...* de Vayrac, en cuyo prólogo «se habla de una manera juiciosa y muy instructiva de la historia y los historiadores de España»<sup>82</sup>.

Venía de Génova y siguió el camino de Perpiñan, la Jonquera, Figueras, Girona y Barcelona, en donde presentó sus cartas de recomendación al intendente. Sobre esta ciudad repite al pie de la letra los tópicos anteriores, resaltando su belleza, la limpieza de sus calles y sus edificios más notables<sup>83</sup>. Pasó luego a Tarragona y Tortosa, pero le interesó más por las posibilidades de hacer navegable el Ebro que las curiosidades que podían ofrecerle ambas ciudades. Y es que, como reconoce al comienzo de su relación, al no encontrar «un tal número de antigüedades como en Italia», sólo le interesa llegar a comprender el carácter de sus habitantes. Por ello, antes de salir del Principado, no duda en emitir su juicio. Lo primero que destaca es la laboriosidad:

«Los catalanes son los mejores obreros de toda España: son activos y diestros. Barcelona puede ser mirada en relación a España como París con relación a Francia; en Barcelona es donde se hace la mayor parte de los uniformes y las libreas. Hay allí multitud de orfebres y toda clase de obreros. Los catalanes son tan buenos marineros como artesanos».

También su fiereza, su amor a la libertad y sus tradicionales fobias:

«La intrepidez y el valor de los catalanes se ha dado a conocer, sobre todo, en las últimas guerras civiles. Han tenido en todo tiempo alguna antipatía por los castellanos y les ha costado trabajo soportar el yugo de su rey. Cuando fueron

80. VOLTAIRE, *El Siglo de Luis XIV*, ed. F.C.E. 1954, cap. XXIII, pp. 252-53.

81. París. 1724. Vayrac fue también autor de una gramática francesa (*El arte francés...* París. 1714) y otra española (*Nouvelle grammaire espagnole...* s.l. 1708). Sobre su figura A. MOREL FATIO, *L'Abbé Jean de Vayrac (1664-1734?)*, Versailles, 1927.

82. GARCÍA MERCADAL, III, pp. 200-203.

83. *ibidem*, p. 432.

abandonados por el archiduque, convertido en Emperador, continuaron la guerra en su nombre particular, calificándose con el título de República, cuya forma esperaban introducir en su gobierno»<sup>84</sup>.

La piedad y los sentimientos religiosos no contaban, sin embargo, entre sus virtudes, ya que durante la guerra habíandemostrado «poco respeto por la religión católica; robaban las iglesias y maltrataban los eclesiásticos»<sup>85</sup>. Aunque, por otra parte, éstos habían sido los últimos responsables de su defensa desesperada:

«Los frailes y los curas eran los más tercos y corrían por Barcelona, de calle en calle, como locos, para inspirar al populacho la furia de que ellos se sentían arrebatados».

Triste paradoja la de un pueblo asentado en un territorio fértil, habitado por hombres laboriosos y con ventajas para el comercio, debido a su situación costera, al que, sin embargo, su genio,

«no les permitió saborear tranquilamente el fruto de su industria. Necesitan guerrear en el exterior o agitaciones en el interior y, algunas veces tuvieron uno y otro porque este reino es de todos los de España el que ha experimentado mayores revoluciones y, las que han ocurrido en los últimos tiempos les han sido fatales por la supresión de sus hermosos privilegios, que hacían ver que cuando se legían los reyes eran más bien como jefes de un Estado libre que como señores de un pueblo sometido, que eran proclamados»<sup>86</sup>.

El problema, en opinión de Silhoutte, distaba mucho de estar resuelto. Con la derrota, «los han despojado de todos sus privilegios, los han desarmado y abrumado de impuestos», pero no por ello, a pesar de que «están sumisos y cada uno cumple su deber»<sup>87</sup>, puede obviarse una realidad que salta a la vista:

«Los catalanes no esperan sino la ocasión de una nueva rebelión. Aunque oprimidos, tienen siempre un aire determinado, una mirada atrevida y segura y los campesinos se parecen a otros tantos desertores. Los miqueletes que tanto han hecho hablar de ellos son los campesinos de las montañas»<sup>88</sup>

Mezcla de tradiciones y percepciones, el diagnóstico de este viajero cierra un ciclo marcado por la guerra y sus consecuencias.

## 6. Conclusiones.

A finales del siglo XVII, la mayor parte de los viajeros que visitan Cataluña lo hacen como paso obligado en su camino a la Corte, o bien en el retorno a sus lugares de origen. Siguen las rutas establecidas, describen los lugares en los que hacen un alto, y se interesan, sobre todo, por aspectos defensivos o estratégicos. Tanto esta polarización como las referencias directas a la destrucción de la guerra son una clara prueba de la profunda huella que la crisis de 1640-52 y las guerras hispano-francesas posteriores habían dejado sobre el territorio. No suelen entrar en consideraciones históricas o políticas y, quienes lo hacen, no conocen Cataluña, sino que reflejan las opiniones de los medios diplomáticos y cortesanos del momento.

En los textos más significativos de la época, los de Jouvin y Madame D'Aulnoy, también se habla de Cataluña. En el primer caso, en términos muy elogiosos, dejando constancia de

84. GARCÍA MERCADAL, II, p. 235.

85. *ibidem*, p. 211.

86. *ibidem*, p. 236.

87. *ibidem*, p. 233.

88. *ibidem*, pp. 235-36.

su recuperación y, en el segundo, de manera indirecta, aludiendo al pasado y a la vulnerabilidad del Principado. Pero fue como consecuencia de la guerra de Sucesión cuando se despertó un mayor interés por conocerlo, apareciendo entonces algunas obras muy difundidas, entre las que cabe destacar las *Delices de l'Espagne et le Portugal*, que inspirará muchas otras posteriores. Allí se traza una amplia semblanza de los catalanes, se cuenta su historia y se reactivan muchos tópicos.

Entrado ya el siglo XVIII, los relatos de Vayrac y de Silhouette siguen claramente esta línea, convirtiéndose en intermediarias entre la relativa parquedad de estos años y la eclosión de relatos del último cuarto del siglo, en los que Cataluña adquiere un nuevo protagonismo y se convierte en destino específico de muchos desplazamientos.

Los textos citados, ni son únicos, ni siquiera los más explícitos pero, convertidos en fuente de información, fueron recreados por autores tan significativos como Voltaire<sup>89</sup>, Marveilleux<sup>90</sup>, o Boyer, el Marqués de Argens, cuyas *Lettres Juives*<sup>91</sup>, reproducen fielmente los tópicos de Vayrac, sobre el furor de los barceloneses, presentando al clero como el alma de la resistencia contra Felipe V. Sobre su influencia en otros libros de viajes posteriores, sirva de muestra el tomo XVI de *Le Voyageur françois ou la connoissance de l'ancien et du Nouveau monde* de Delaporte<sup>92</sup>, o el no menos difundido *Nuevo viaje en España o Cuadro del estado actual de la Monarquía* de J.F. Peyron<sup>93</sup>. Este último, un diplomático, que entró en España por Cataluña, en 1772, se sintió admirado por su clima, su paisaje y sus ciudades, especialmente Barcelona, cuya prosperidad le asombra:

«Allí todo es mercantil, fabricante y negociante. La ambición y la codicia del catalán son inexpresables. Encuéntrase en Barcelona tiendas de todas las artes y oficios, que son ejercidas allí con más perfección que en las otras ciudades del reino».

Sin embargo, no todo son ventajas, porque,

«Barcelona es demasiado grande para ser fácilmente guardada y defendida; por eso ha sido tomada cuantas veces lo han querido, y el carácter altivo y rebelde de sus habitantes ha sido siempre humillado. No por eso deja de conservar un espíritu inclinado al motín y el Gobierno trabaja, no sé por qué, en mantenerse; no es raro oír decir a los catalanes que el rey de España no es su soberano y que no tiene otro título en Cataluña más que el de Conde de Barcelona. Sin embargo el ministerio favorece todas sus empresas, obtienen todos los días prohibiciones y privilegios perjudiciales al resto de España, tienen en Madrid diputados ardientes en solicitar y cuyas gestiones todas no tienden sino a procurarse un contrabando exclusivo»<sup>94</sup>.

Verdad o mentira, percepción o plagio, si la historia es, como todos decimos, también historiografía, esta pequeña historia de falsificadores y viajeros, quizás pueda ser de algún interés.

---

89. No sólo en sus descripciones de la Guerra de Sucesión, sino también en el *Essai sur les moeurs*, según E. MERTINECHE (*L'Espagne et le romantisme français*, París, 1922, pp. 32 y ss).

90. Charles Frederic de MERVEILLEUX, *Momires instructives pour un voyageur dans les divers Etats de l'Europa. Contenant des anecdotes curieuses très propres à éclaircir l'histoire du temps avec de remarques sur le commerce et l'histoire naturelle*, Amsterdam, DCCXXXVIII, vol. II.

91. *Lettres juives ou correspondance philosophique, historique et critique entre un juif voyageur à Paris et ses correspondans en divers endroits*, La Haye, MDCCXXXVI, 4 vols.

92. París, 1772. La colección consta de 42 volúmenes. Sobre su utilización de la obra de Colmenar respecto a Cataluña, J. SARRAILH, «Voyageurs français au XVIII siècle», *cit.* p. 45.

93. Ginebra, 1780. La obra se tradujo al inglés y al alemán casi inmediatamente.

94. GARCÍA MERCADAL, III, p. 730.